

María Folguera
Hermana. (Placer)

Alianza editorial

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de cubierta: Danilo Moroni & Juan Carlos Toledo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..



© María Folguera, 2021
Autora representada por The Ella Sher Literary Agency www.ellasher.com
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-355-9
Depósito legal: M. 7.308-2021
Printed in Spain

«todos ignoran
hasta qué punto
Emily
fuiste feliz»
ISABEL MERCADÉ

«Descubrir qué es lo que provoca placer,
inventarlo juntos la mayoría de las veces, es
construir una identidad propia [...] Descubrir
una forma
de placer que has creado a tu medida y ser capaz
de compartirla con otra persona, crear una
intimidad, es una de las aventuras más valiosas de
una vida que merezca ser vivida.»

RAFAEL REIG

Hermana. (Placer)

Anoche soñé que me peleaba. Mi enemiga era la encargada de un restaurante, me parece. Decía: «Usted no lleva corbata», me ofrecía una, la rechacé, iba con mi madre, mi madre me miró sorprendida, los demás empleados miraban a la encargada con cierta perplejidad también —¿era obligatoria la corbata en mi caso?—. La encargada era una chica joven. Me hacía bajar con ella a la bodega del restaurante, quería regalarme una guía Michelin para compensar el desaire. Yo miraba la espiral que cosía las páginas de la guía, atrapadas dentro del envoltorio de plástico cual coliflor de supermercado y entonces decía «No puedo aceptarla, no tengo manos». Llevaba un pequeño bebé en brazos, recién nacido, pero no era mío. Lo sujeté como pude durante la pelea con esa chica. A ella le estampé la cara contra el cristal —de repente la bodega tenía ventanas, afuera llovía, la campiña verde sube como si la tormenta espolvorease levadura—. Ella sonrió muy cerca de mí. Hizo un comentario cruel sobre mis dientes torcidos. Ahí abandoné y volví a la mesa con mi madre.

Me sabía la ganadora final. Una queja y la despedirían. No recuerdo cómo terminaba el sueño; nos miraban las miles de lentes, moradas y gruesas, de las botellas de vino que la pared almacenaba.

Esto de llevar un bebé en brazos significa que tienes que cuidarte a ti misma, creo. Lo leí en una página web sobre el significado de los sueños. El bebé simboliza la parte más frágil y tierna que va contigo, la onza de mantequilla que nuestro pecho helado prefiere guardar, endurecida y amarillo intenso por los bordes, antes que tirarla a la basura o comérsela de una vez. El hecho de que la villana del sueño se riera de mis dientes me acerca a una interpretación relacionada con el dinero. Por lo visto soñar que se caen dientes revela un miedo a pérdidas materiales, creo que lo dice Freud. En mi caso puede tener sentido porque la chica se burlaba de mí, que había llegado con mi mamá, ante ella, trabajadora y responsable de la velada, cada una a un extremo de la corbata en un juego de interdependencia. Sí, por supuesto que a mí me atraía ella, yo a ella no sé, pero era muy raro esto de buscarnos con tanto morbo abajo en la bodega, es como de canción de Víctor Manuel, una fantasía de treintañera ya. Sí recuerdo que una vez en la mesa tuve la prudencia de no comer nada. Imaginaba escupitajos en mi espuma de pomelo. «No pondré una reclamación, para evitar su despido inmediato. Quiero la piedad. Aunque también te imagino vengativa, me esperas a la salida del sueño, volverás por mí, no sabré por qué de repente mi vida va mal, no encuentro mis dientes, no encuentro al bebé que llevaba en brazos, he perdido el confort material que me daba mi madre».

Te contaré este sueño mientras escribes tu diario. Todos los días te sientas en tu silla del camerino, el pelo tieso por las

pinceladas de pegamento con polvo dorado, las tenacillas que espejean desde lo alto de tu cabeza retienen tramos de tu melena para forzar el zigzag de mujer antigua. La aureola de bombillas en el espejo devuelve tu imagen inclinada sobre un cuaderno y un diccionario de inglés; en los camerinos no hay wifi ni cobertura y no puedes consultar *online*. La profesora de inglés os ha pedido un diario a modo de deberes y tú has decidido utilizarlo en contra de tus compañeros de clase. Buscas adjetivos repugnantes, pustulentos, malignos y mediocres, *repulsive*, *pustulent*, *evil* and *mediocre*, para describir el día a día de vuestra convivencia en las sillas con pala abatible. Te da mucha risa pensar en la cara de la profe el día que reciba el diario, tan aplicado a los preceptos que ella misma impuso, y sin embargo violento.

Las demás actrices en el camerino dudan sobre cómo tomarlo. A una no le parece bien, intenta reírse pero no parpadea. Seguramente simpatizaba contigo hasta que leíste la frase «Jose Juan is a fat loser». Ahí le pareció que tu agresividad mostraba sus costuras detrás de las orejas, la cara estirada de nuestra manera interesante de estar en el mundo, forzar un poquito la malicia, ¿has visto que de repente paso al plural? Digo «Nuestra manera». Otras actrices en el camerino sí rieron, «Qué mala eres, qué loca estás», había una simpatía quizá maternal todavía. Es lo bonito de formar un grupo de distintas edades, siempre queda una distancia suficiente para provocar el estupor ajeno, siempre se respeta como un velo inaccesible: «No os entiendo, pero me hacéis gracia». El otro día pensé que debería ser norma eso de ocupar habitaciones de manera intergeneracional. Que todo grupo de trabajo incluya más de una generación. Así se remueve la sangre y no se generan coágulos de pereza, nunca el engaño de sentirse especiales.

Estudias inglés para probar otro sitio. Quieres irte a Texas con una beca. La verdad es que si me pusieran delante un test sobre los oficios y situaciones laborales o formativas de mis amigos demostraría que solo tengo una ligera idea. Sé quién anda escaso de dinero porque el tema sale en la conversación, y si no se menciona, queda claro en el discurrir de la tarde, a la hora de elegir planes, de consumir esto o aquello. Tú ahora no tienes mucho dinero pero agitas la confianza como si fuera un pañuelito blanco en una emergencia, aspiras a que te dejemos pasar y no te retengamos con el tráfico pesado y puntual de nuestros movimientos previsibles. Dejadme, que voy. Confías en los meses que están por venir. Te marchas de aquí. Has guardado todas tus cosas en cajas que dejarás en casa de tus padres, y abandonas el piso de alquiler. Tú siempre dices: «No pasa nada por verse menos. Hay momentos para coincidir más. No hay que insistir en las amistades».

Vivo en el edificio en el que me crié. La puerta de mi madre está junto a mi puerta. De hecho, mi casa actual es la mitad de la casa de mi madre; ella decidió dividirla y acogernos a mí y a mi hija a un lado del muro medianero. Mi hija va al colegio al que yo fui. Mi trabajo suele tener lugar en espacios culturales del centro de la ciudad, rara vez a más de media hora en metro. No me lo propuse así de partida; tampoco es que aspirase a recorrer mundo, y tampoco soñaba con Londres o Nueva York o Barcelona, las tres ciudades que, según la leyenda en los años dos mil, podrían cambiar tu suerte cuando tienes veinte años y crees que es cuestión de trasladar tu domicilio. Yo nunca he tenido veinte años. He saltado directamente de los diez a los treinta y aquí sigo, más fiel que un insecto, identifico sin dudar dónde está mi colonia obrera y dónde el caminito por el que se consigue comida, y lo hago, ida y vuelta, pin pin pin, adelante y atrás. Acarreo un grano de trigo sobre la espalda y mi paso prematuramente encorvado es familiar para los mendigos que se aprietan contra los

muros como un emplasto de tela y cartón. Madrid es una ciudad de mil colinas, y yo vivo en una hondonada, así que llevo décadas trepando por las mañanas y rodando por las noches. Ojalá se pudiera rodar literalmente, o por lo menos agarrar un mantel de hule y utilizarlo a modo de trineo; ese sería mi mayor triunfo, desarrollar una relación más placentera con la ciudad. Pero no es así. Patas y antenas que sondean el terreno en busca de señales, malignas o benignas. Inspirar y sentir cómo el plumón sucio de la cotorra verde penetra en los pulmones; ellas gorjean arracimadas, han invadido el barrio y su rumor ha bañado el suelo de pis ácido y blanco.

He dicho que acarreo granos de trigo: en mi caso los frutos que llevo a la espalda, de camino a o de vuelta del trabajo, son libros, obras de teatro, programas de mano de espectáculos. He llegado a cargar siete veces mi propio peso en libros. Hoy cargo dos botellas de vino, uno tinto y otro blanco, obsequio de una librería, porque he pasado la mañana como «librera invitada», un extraño acto promocional al que me he prestado con el sentido de la deuda que me caracteriza. Si alguien me pide algo, suelo entender que debo hacerlo, sobre todo cuando se trata de grupos de poder que han acogido un proyecto mío, por ejemplo un libro. La de comunicación de la editorial me dijo: «Con motivo del Día de la Mujer hemos pensado esta actividad, es muy chula. Recomendamos una lista de libros. La librería coloca una mesa con tu selección. Pasas cuatro horas por allí, disponible y accesible, para que los visitantes puedan preguntarte». Claro que sí, allá que fui, los cristallitos de azúcar de las agujetas ya se quebraban entre los surcos de mis músculos antes de que acabase el evento, de pie como un soldadito de guardia, como una dependiente de Zara. «¿Qué te apetece leer? Este es una pasa-

da». Acabó el acto y el librero me regaló las dos botellas, y además dijo que yo era muy buena librera, porque me preguntó: «¿Qué me recomiendas?», él ya había leído muchos de los libros de la mesa y entonces pensé que merecía la pena intentarlo con *Oculto sendero*, de Elena Fortún. Ya sé que corro el riesgo de encasillarme, o al menos de pasar por obsesiva, tan simpática como el tonto del pueblo cuando se aprende de memoria el santoral. Me estoy ganando la fama, entre salas de teatro y librerías, de repetitiva, de que no sé salir del referente de Elena Fortún. Pero eché un vistazo al expositor de libros y de verdad que no vi ninguno mejor para recomendar. No sé hasta qué punto *Oculto sendero* tiene verdaderas posibilidades con un chico de treinta y pico años, aparentemente hetero, pero allá fui. «Mira, este libro es como si tu abuela te hablase a tumba abierta de sus deseos, su deseducación sexual y su relación con las mujeres». «¿Tú has hecho una obra de teatro sobre este libro, verdad?», me pregunta. «Bueno, más bien es una obra de teatro sobre la escritora, sobre su vida, mi relación con ella...». «¿Dirías que este es su mejor libro?». «Eso no lo sé. Lo que te puedo decir es que después de leer este libro he entendido lo que es ser bollera profunda. Y eso que ella no puede ni nombrarlo, porque en su época no existen apenas palabras para ello. No encaja, vive la vida como una enfermedad, y aun así el deseo es más fuerte, se queda prendada en los labios y el escote de algunas mujeres, de su cuñada, por ejemplo». Parece que lo he convencido, se ha llevado *Oculto sendero*, y por eso dice que he sido buena librera.

Esto me complace porque siempre he admirado ese mito del legendario vendedor del cual se dice «Podría vender una nevera a un esquimal». Siempre me he imaginado esa nevera

en medio del hielo, un Polo Norte de cuento infantil, un iglú, una foquita, un agujerito para pescar, y una nevera desenchufada en medio. Y a muchos kilómetros de allí el vendedor guarda su manojito de billetes y se va a enterrarlo a un sitio secreto, porque tiene un plan. No sabemos en qué consiste, pero tiene un plan, y un talento, al menos: el de vendedor. Quizá lo que me pasa es que admiro todos los talentos y capacidades reconocibles por los demás. ¿Admiro el reconocimiento ajeno más que el talento en sí? ¿Existe el talento sin reconocimiento? La propia palabra, talento, ya es un reconocimiento. Parece que en ese ratito de dos horas en la librería he encarnado esa advocación del talento, la vendedora, que fantasía. Me voy a casa con las piernas tumefactas y una bolsa de cartón alargada, formato botella de vino, los pesos golpean el muslo mientras desciendo la colina de asfalto.

Entre las ramas peladas del árbol, veo mi casa. La ventana de mi madre tiene luz, un anillo en los dedos flacos del chocho. He decidido volver pronto porque tengo que avanzar con la *Enciclopedia*.

La *Enciclopedia de los Buenos Ratos de las Escritoras* es quizá ese plan del vendedor de neveras que a mí me gustaría tener. A ver, es un plan que tengo ya, está sobre mi mesa, en forma de notas y folios y archivos en el ordenador. Pero me gustaría que pasara rápido, echar mi manojito de billetes al hoyo del jardín y comprobar cómo crece el nido verdoso, el terrario del tesoro, la certeza de que el dinero no se pudre, su interés puede esperar. No como las ideas para un libro. No como una enciclopedia, un plan fallido de antemano. «¿Es en serio?» me preguntan. Sí. Ahora que ha terminado nuestra obra de teatro, quiero hacerlo de una vez. Le he dado vueltas durante mucho tiempo, pero se interponían distintos encar-

gos y circunstancias. Ya no debe esperar más: una enciclopedia de placeres y buenos ratos de nuestras autoras del canon, las maltrechas, heroicas, victimizadas, autoras del canon literario. A mí me parece que más que un canon hemos tenido un martirologio: Silvita metió la cabeza en el horno, Alfonsina se metió en el mar, Emilita enloqueció, Virginita se echó al río con sus piedras en el bolsillo. Lo que yo quiero, por el contrario, es recopilar sus momentos de triunfo. Pero no me refiero a triunfos laborales o editoriales. Me refiero a los momentos en que se lo pasaron bien. Lo cual es todo un reto, porque el propio concepto y punto de partida es discutible, lo sé. Siempre se ha mentido mucho sobre el bienestar, y ni siquiera nos pondríamos de acuerdo sobre la felicidad. Aunque yo encuentre una frase en un diario o un epistolario o una biografía en la que la escritora diga «estoy muy bien» tengo que cotejar toda la información y averiguar si es verdad, si en aquella etapa remitieron sus dolores neuróticos, si escribía o no, y, lo más importante, el objetivo de la *Enciclopedia*: reunir esos síntomas de buenos ratos, que quizá es lo que más me interesa, el síntoma, en un intento por apresar el origen de la felicidad. ¿Reír? ¿Sonreír? ¿Dormir bien? ¿Hornear pasteles? Eso en caso de que le gustara hornear pasteles... ¿Follar?

A la vez reflexionar, no sin cierto pesimismo, sobre los cortos horizontes de lo que consideramos bienestar según la época. Sin embargo, tenemos un imaginario bastante concreto sobre el escritor vivaz y aventurero. A mí me interesa inventar otra mentira: la escritora que se lo montó bien desde un punto de vista vital. Espero poder averiguar por el camino qué significa eso de «montárselo bien».

Ahora estoy con Rosa Chacel. Encuentro ante todo referencias sobre que le gustaba ir al cine y leer, poco más. Tam-

bién, en un obituario escrito por Carmen Martín Gaité, que le complacía observar cómo bailaban otros. Una vez fueron a una *boîte* un grupo alegre de escritores y gente que se siente especialmente ocurrente, y Rosa Chacel, ya anciana, declinó las invitaciones a dar saltitos a ritmo de Radio Futura y prefirió quedarse en la butaca de eskai, junto a los vasos de *whisky* y los cacahuets, y mirar a los demás bailar. ¿Puede contar eso como «un buen rato»? En mi *Enciclopedia* será ineludible hablar de represión, y por lo tanto especular sobre lo que podría haber pasado al otro lado de la represión, ponerse a fabular con la potencialidad de las cosas. Para escribir esta *Enciclopedia* yo debo ensuciarme las manos con ideas preconcebidas y miradas anacrónicas: tengo que sospechar que Rosa Chacel seguramente deseaba esas formas danzantes para sí, seguramente su pudor se ablandaba como una lágrima de cera mientras miraba a Carmiña y compañía mover el esqueleto en la pista. Ella querría haber podido bailar con libertad. ¿Será que el deseo es la clave de esta *Enciclopedia* mía? El cuerpo de una mujer de su tiempo es de cera, sí, tan dura como frágil, pero algo prende una pequeña llama en el cordón que la recorre por dentro, y ese fuegucito consume, pero también tiñe de ámbar la habitación que estaba a oscuras. Menos mal que estoy haciendo esta *Enciclopedia* solo de escritoras, así evitaré cuestiones incómodas que indudablemente provoca un estudio de los placeres de tantos escritores, imagínate que separo los dedos de mis manos y empiezo señalando el meñique:

A este le gustaba beber absenta hasta desfallecer.

A este más alto le gustaba mucho viajar en tren con una maletita y muñecas recortables, para entablar amistad con niñas menores de diez años.

A este larguirucho le gustaba cortar el césped.

A este le gustaba acusar a este otro de mal poeta y de judío.

Y a este pícaro gordito... le gustaba ir a burdeles de niños cuando visitaba países más pobres que el suyo.

Juan Ramón Jiménez lo dijo así en una nota manuscrita: «Es frecuente que los que escriben sobre mí, digo, contra mí, me echen en cara que no he vivido. Recuerdo las líneas de Stendhal, en Roma: “Un día hermoso he visto la puesta de sol desde San Pedro”. Pues cosas así son las que yo hago a diario: amo a una mujer, salgo a la naturaleza, campo, mar, jardín, plaza, ando por las calles, leo, veo pinturas, oigo música, viajo lo que puedo y sé que puedo estar solo cuando quiero. No voy a cafés, a toros o a prostitutas, no por (palabra ilegible) sino porque no me gustan. Si X prefiere el café a la música, yo prefiero (palabra ilegible) a la casa de putas. ¿Esa es la vida? Se dice que X ha vivido. Conozco su vida. Se levanta, no se lava, desayuna, se va a dar un paseo camino de su clase, come, se va al café (tres horas), una puta, cenar y dormir, no se lava».

En cambio, mi *Enciclopedia de Buenos Ratos de Escritoras* tendrá como denominador común el patetismo del encierro y la vigilancia social, un cuarto propio como máxima aspiración. Algún día tengo que hacer esa *Enciclopedia de Buenos Ratos de Escritores* y buscar pelea, que la gente se enfade porque hablo de prostitución con ligereza, porque no entro a juzgar qué es vicio y qué es virtud sino que simplemente los dejo todos apuntados, aquellos momentos en que un escritor sintió un escalofrío de placer, el cabo de su vela se prendió como un faro al borde del mar. Respecto a las drogas y el alcohol ya puedo tomar una decisión que valdría para ambas

Enciclopedias, de Escritoras y de Escritores. Las caladas profundas, las pastillas que se deshacen en la boca con un gusto amargo, los vasos y las botellas, las jeringuillas y las rayas, sí cuentan como placeres, aunque se traten también de dosis calculadas al servicio de una adicción. Si excluyo las drogas de esta *Enciclopedia* entonces negaré la puerta en el muro que muchas veces las escritoras han conseguido encontrar, y querido traspasar, aunque fuera para dejar de ser, para descansar un poco de su prosa, de su verborrea incontenible, o por el contrario de sus bloqueos creativos, un silencio como niebla que lo rellena todo, la realidad atiborrada, como cuando miras un dulce y piensas: «Ojalá no llevara nata».

He terminado la entrada de Rosa Chacel. Ya puedo volver a pulsar el icono del pequeño avión y recibir mensajes. Mi casa guarda silencio. Esta semana soy una persona soltera y sin hija —no así la semana que viene, o quizá dentro de unos días; el novio cruza la puerta, la niña vuelve a mí el próximo lunes y soy de repente tres—. La casa parece enorme solo porque estoy sola; el pasillo y cada puerta —la del dormitorio, la del cuarto de la hija, la del baño, la de la cocina— como quien navega y ve pasar la sucesión de pequeñas calas inaccesibles. Así de millonaria me siento. Voy a sumirme en el sofá, a cenar una bolsa de patatas fritas y el vino que me han regalado en la librería, a celebrar que ya voy por la C de Chacel.

Cuando tú y yo nos conocimos todavía tenías la escarcha sobre los hombros, porque venías de una ciudad muy fría. Alta y helada: Ávila. Escribo esto y pienso que a lo mejor Teresa de Jesús identificaba el alma con un castillo porque si te has criado en Ávila es imposible que no entiendas toda construcción como un encierro. Si estás allí, te muevas hacia donde te muevas observas varias veces al día la más alta muralla de la península, de supervivencia inverosímil, como ese caballero que custodia el Santo Grial durante milenios, a la espera de alguien lo suficientemente digno para sostener la copa en sus manos. Así es el lugar de donde vienes. Siempre unos grados más frío que Madrid. Los adolescentes van a meterse mano a la ladera norte, a oscuras, a aplastar los abrigos de plumas y entreabrir las cremalleras y sumergir por allí los dedos ateridos, porque en esa ladera nadie puede molestarlos: ni monjas, ni opositores a policía —los principales grupos de población de Ávila— ni padres preocupados. Allí el primer beso. Luego hubo otros, y luego viniste a Madrid y durante unos

años solo te quedabas colgada de tus mejores amigos gays. Ellos decían que no eran gays, sino más bien inclasificables, pansexuales, libres, y te rociaban con miradas misóginas. Tú los adorabas.

Lo de Marcos duró más. Durante un año declaraba que eras su chica. Tú te resistías: «¡Que me dejes!». En la escuela de teatro os tocó hacer una escena juntos, una dramatización de *Cumbres borrascosas* —Brontë, Emily: le gustaba dar largos paseos con sus mastines por el páramo, y también le gustaba mandar, sus hermanas la llamaban El Alcalde. Leí este libro con doce años, la traducción de Carmen Martín Gaité—, y entonces todo fue más perverso y oprimente, Marcos hacía de Heathcliff y tú de Catherine, y os decíais: «Te aborrezco, te aborrezco», y juntabais mucho las narices y os mirabais fijamente a los ojos, hasta que se unían en un único visor de microscopio, y podíais oler vuestras respectivas sudoraciones y grasas corporales, y después Marcos soltaba texto flagelándote con su desprecio. Menuda criatura del Averno es Heathcliff, cuánto odio y cuánta decepción mutua. Tu Catherine y su Heathcliff no saben qué hacer con su respectivo sentimiento de impertinencia, quiero decir: de no habitar nunca lo pertinente, lo que toca en ese momento. Acababa la escena y Marcos bromeaba con los demás compañeros de clase: «¿Veis su coño? Pues todo lo que hay alrededor de su coño es mío». Tú te sonrojabas, te enfurecías, «Que te calles», en el vestuario de la escuela permanecías en actitud de escándalo, cuando las compañeras se burlaban desnudas en la ducha tú negabas ninguna responsabilidad en el cortejo. Pero esa proclama de Marcos te estaba conmoviendo, el hielo crujía por la noche, te removías en la almohada y pensabas: «¿Y si me pierdo una historia de amor?». Te acordabas

de aquella vez en la calle cuando Marcos se puso delante de tu moto y no te dejaba pasar. «¡Que te quites!», rogabas. «Te quiero», insistía él, con el sabor de Heathcliff en la boca, disfrutando del revés de clase social: eso de «¿Veis su coño?» lo había aprendido él en su barrio, de preadolescente, y siempre había querido escupirlo, la tranquilidad de poder agarrar a una chica por el culo y decirle a un grupo: «Todo lo que hay alrededor de su coño es mío», y el grupo asentir, acatar esa norma básica de convivencia. En su barrio no había podido decirlo porque nadie se lo habría creído; allí las autoridades, los chicos y chicas alfa, habrían apresado entre los dientes la menor impostación. De forma que, cuando se fue a estudiar teatro a Madrid, llevó consigo aquella admirable frase, y ahora se vengaba de la frustración de no haber tenido nunca un corro propio allí de donde venía. La mayoría de compañeros de la escuela de arte dramático, personas criadas en un entorno sensible y solemne, o así lo pretendían, niños y niñas de papá, se regocijaban por las salidas de tono de Marcos. En ti halló la oposición perfecta. Podía incordiarte sin que tú terminaras de responder. Podía señalar su herida y decir que la causa era tu desdén sin que dieras un paso adelante y lo pusieras en un compromiso. Tú, a diferencia de otras, no correspondías, no lo evaluabas ni le proponías un plan de persona sexualmente activa, conocedora de sus derechos y deberes: «¿Quedamos esta noche, nos tomamos algo?». Cualquier otra compañera de clase habría sido más clara, a favor o en contra. Pero tú no proponías planes ni terminabas de quitarle importancia. Solo te revolvías, como una Catherine rabiosa.

Un día decidiste deponer las armas. Bajar el puente levadizo y extender los blasones por todo el perímetro de la mu-